

ASPECTOS IDEOLOGICOS DEL CARLISMO
(1868 - 1876)

D. Vicente Garmendia García de Cortázar
Catedrático de la Universidad de Burdeos

ASPECTOS IDEOLOGICOS DEL CARLISMO. (1868 - 1876).

Vamos a tratar de ver cuales son los elementos que constituyen la intrincada ideología carlista ciñendonos al caso vasco y concretamente a la época de la segunda guerra.

Las razones de la elección del País Vasco son obvias. Como bien se sabe, fue en esta zona donde verdaderamente cuajó el fenómeno carlista. Sin el apoyo masivo de la inmensa mayoría de vascos y navarros, la rebelión carlista no hubiera tenido evidentemente la importancia que alcanzó. Puede parecer extraño pero se ha olvidado durante demasiado tiempo que el carlismo es un fenómeno que concierne ante todo a las provincias vascongadas y a Navarra.

El historiador francés Fustel de Coulanges decía con razón que el pasado nunca muere completamente para el hombre. Este sigue siendo en gran medida el producto y el resumen de todas las épocas anteriores.

¿Quién podría decir hoy día efectivamente que la aventura carlista no dejó profundísimas huellas en el País?.

Merecen ser meditadas estas líneas que escribió José Arceche hace más de quince años: «En el fondo de todo vasco, sea quien sea, está eso que llamamos carlismo. Algún nombre hay que dar a esa querencia. La última versión de ese carlismo es la Eta (1).

Pensamos pues que en un congreso cuyo fin es el estudio de los antecedente próximos de la sociedad vasca actual no era inútil tratar de ver qué pensaban los partidarios vascos de Don Carlos.

En cuanto al método quisiéramos señalar brevemente un punto que nos parece importante. Para estudiar la ideología carlista no hemos querido limitarnos a una sola clase de fuentes. Hemos consultado los escritos más diversos para definir con un mínimo de error lo que eran las actitudes mentales de quienes defendieron la causa de Don Carlos.

Los folletos de propaganda, los periódicos, los llamamientos de los candidatos carlistas en las elecciones, las intervenciones de los diputados y senadores carlistas, los almanaques, los poemas, los sermones, las canciones y un largo etcétera nos han permitido reconstituir lo que fue la mentalidad carlista. Para evitar el reproche que se suele hacer a la historia política que ignora según se dice a menudo la sociedad global y las masas, hemos tratado en particular de aprehender la mentalidad de los más humildes partidarios de Don Carlos yendo en la medida de lo posible más allá de los escritos y los discursos de los líderes.

En la base de la ideología carlista, en la raíz del compromiso de los partidarios carlistas está sin lugar a dudas la defensa de la religión católica. Fidel de Sagarmínaga dijo con bastante razón que los curas fueron la personificación del carlismo vasco. De hecho, cuando se estudia la documentación de la época salta a la vista el importante papel que tuvieron los curas en la génesis de la sublevación. Son elocuentes por ejemplo las actas del proceso de los curas de Azpeitia implicados en la sublevación de 1870.

Veamos cuáles son los grandes rasgos del pensamiento carlista sobre el problema religioso.

Para los publicistas carlistas, el satánico liberalismo ha manifestado un odio constante y tenaz a la religión católica y a la iglesia. Lo que pretende es echar a Jesucristo de la sociedad. Las iglesias destruidas a raíz de la desamortización, los religiosos perseguidos lo demuestran patentemente. La iglesia, dicen los carlistas, ha sido excluida en provecho del Estado. El matrimonio civil y el registro civil son los dos ejemplos más evidentes. Esas reformas, dice el alavés Ortiz de Zárate, significan pura y simplemente la destrucción de la familia, base de la sociedad vasca.

Las creencias más sagradas de los vascos no son respetadas. Ningún parlamento oyó pa-

(1) José de Arceche, *Discusión en Bidartea*, Zarauz, 1967, p. 15.

labras tan sacrílegas como las Cortes españolas afirma el diputado alavés. El liberalismo, amenaza el guipuzcoano Dorronsoro, no respetará ni los sepulcros de los católicos.

Como vemos los carlistas utilizan un tono realmente apocalíptico. Así lo hace el mismo Dorronsoro cuando alude al advenimiento de la república:

Pronto la persecución, hasta aquí más o menos indirecta y solapada contra la Iglesia de Dios, será descarada y violenta, comenzándose por establecer la separación de la Iglesia y el Estado . . . En nuestras Juntas, si es que son respetadas, resonará el eco de la blasfemia contra Dios, la santísima Madre de nuestro Redentor y los Santos, como han resonado en las Cortes blasfemias castigadas en el capítulo XIII, título 4 de los fueros. Y las festividades ordenadas en el capítulo XXI del mismo título en honra de la Santísima Virgen en el misterio de la Purísima Concepción, y en la de nuestro paisano San Ignacio de Loyola, serán sustituidas por diversiones impropias de un pueblo católico. Nuestro clero, reducido hoy casi a cero por los Miramones desaparecerá: y nuestras iglesias serán destinadas a cuarteles, establos y otras cosas (2).

En la medida en que su meta es la destrucción de la sociedad cristiana, el liberalismo, dicen los carlistas, sabe muy bien lo que hace. Lucha contra la Iglesia porque sabe que ésta garantiza el orden social. Por otra parte si la Internacional no tuvo ninguna influencia en el País Vasco, es porque el catolicismo inquebrantable de los vascos constituye la mejor defensa.

No cabe dudar de la eficacia del discurso carlista en gran parte del pueblo vasco. Cuando el Padre Apalategui preguntaba en 1924 a un partidario de Don Carlos qué le movió a salir al campo, la contestación era elocuente:

Los excesos de la revolución. En especial las blasfemias de Suñer y Capdevilla en las Cortes (3).

También nos parece significativo del impacto de esta propaganda el hecho que al adueñarse de un pueblo, los carlistas empiecen por

destruir el registro civil como lo hacen, por ejemplo, los hombres de Castor Andéchaga al entrar en Portugaleta.

A mi parecer se puede explicar fácilmente este impacto del discurso carlista cuyo vehículo predilecto es el sacerdote.

Si bien la parroquia dejó de ser el lugar de reuniones públicas que fue antaño, en la época de la guerra sigue teniendo una real importancia estratégica a nivel ideológico.

Para el campesino aislado en el caserío, la iglesia sigue siendo casi siempre el único lugar de encuentro. Para utilizar la imagen de Le Roy Ladurie, la iglesia es realmente «el ombligo del pequeño universo campesino» (4).

En este mundo el sacerdote está indiscutiblemente muy cerca de sus feligreses. Está cerca de ellos porque su nombramiento depende del municipio (5), porque es un hombre del terruño ya que muy a menudo procede del mismo pueblo en donde ejerce su ministerio, porque en fin habla la lengua vasca ya que el poseerla es para las Diputaciones una condición sine qua non para ser nombrado en el país (6). Hay que añadir que el sacerdote vasco está también cerca del pueblo campesino por su origen social. El periodista francés Louis Teste notaba en 1872 que el pueblo se entendía con los curas porque tenían el mismo origen social y porque su modesta existencia no se diferenciaba radicalmente de la de los campesinos. Varios testimonios confirman esta impresión y Pablo Fernández Albaladejo llegó a hablar de los proletarios del diezmo. Al parecer la desamortización que sufren la Iglesia y los municipios incrementa aún más la solidaridad existente entre curas y campesinos.

Miguel de Unamuno que pasó diez años de su vida estudiando el fenómeno carlista para escribir su novela *Paz en la Guerra* hizo una excelente análisis del cura de aldea vasco:

Todos los aldeanos pensaban lo mismo, oyéndolo de boca del cura. Empezaban éstos a atizar el fuego. El cura de aldea, aldeano letrado, segundón de casería pasado de la laya al libro, recibe en su cabeza el depósito del dogma, y se encuentra, al volver al pue-

(2) Miguel de Dorronsoro, *Llamamiento a los Guipuzcoanos*, 25 de febrero de 1873, Real Academia de la Historia, Fondo Piralá, 9-6872.

(3) Fondo Apalategui del Archivo de la Diputación de Guipúzcoa, C 11.

(4) Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'histoire*, Paris, 1973.

(5) S. Insausti Treviño, *Las Parroquias de Guipúzcoa en 1862*, San Sebastián, 1964, p. 93.

(6) *Ibidem*, p. 13.

blo, saludado con respeto por sus antiguos compañeros de bolos. Es un hermano y a la par el ministro de su Dios, hijo del pueblo y padre de las almas; ha salido de entre ellos, de aquella casería del valle o de la montaña, y les trae la verdad eterna. Es el nudo del árbol aldeano, donde se concentra la savia de éste, el órgano de la conciencia común, que no impone la idea, sino que despierta la dormida en todos. Cuando les hablaba, bajaba del púlpito la palabra divina como una ducha de chorro fuerte sobre aquellas cabezas recias y consolidadas, recitábase en su lengua archisecular el dogma secular, y aquellas exhortaciones en el silencio de la concurrencia, eco vivo que las redoblaba, eran de efecto formidable.

De hecho, merced al sermón dominical, el cura suele ser la única fuente de información para el casero. Es él, apuntaba el francés Cherbulliez, quien se encarga de decirles lo que pasa en el mundo, lo que se dice y lo que se proyecta en Madrid (7). Además hay que tener en cuenta que los sacerdotes son más numerosos proporcionalmente en las provincias vascas que en el resto de España.

En 1860 para una población que sólo representa el 2,75% de la población de España, tiene el País Vasco casi el 4% del total de los sacerdotes. El Navarra la diferencia es todavía mayor. Las cifras son respectivamente de 1,91 % y de 4,42% (8).

Lo que acabamos de decir no significa sin embargo que el clero vasco siga unánimemente la causa carlista. En Vizcaya, concretamente, existen casos de curas que se negaron rotundamente a seguir a Don Carlos e incluso lucharon contra las ideas dominantes entonces.

Eso no quita que los curas vascos suelen ser considerados no sin razón como agitadores carlistas por la opinión pública. Parece ser incluso que para evitar el desarrollo de la insurrección, alguien ideó un «ingenioso» plan que consistía en desterrar a los sacerdotes vascos . . . a Andalucía y sustituirlos por sacerdotes nacidos en el sur (9).

Si el liberalismo es condenado por su significado anti -católico, lo es también por el con-

cepto que tiene de la sociedad. La idea básica de los carlistas es que el advenimiento de la sociedad liberal significa en realidad el triunfo de la burguesía industrial y financiera, de la plutocracia como dicen.

Da el tono Antonio Valbuena cuando escribe en el periódico vitoriano *El Semanario Católico Vasco-Navarro*:

Es una verdad en que se piensa poco o nada, pero evidente para todo hombre observador y reflexivo: en estos tiempos en que tanto se habla de libertad, de igualdad, y sobre todo de democracia, no hay sin embargo nada de esto. Lo que hay desde que se abrió la era de las revoluciones es una verdadera plutocracia, es decir el gobierno de la gente del tanto por ciento, el peor de todos los gobiernos posibles (10).

Para los carlistas el liberalismo ha contribuido innegablemente a la concentración de la riqueza e inventado un nuevo feudalismo, el del becerro de oro. Su legislación no es más que una larga serie de decretos favorables a los ricos a expensas de los pobres ya que el principio básico es que las instituciones de un país deben fundarse exclusivamente sobre la riqueza y la fuerza de las bayonetas.

Vicente Manterola cita con repugnancia el ejemplo inglés para condenar las tristes consecuencias de la prosperidad económica sobre el proletariado inglés. Aunque rehusa sus postulados un periódico como *La Reconquista* comprende el auge del socialismo.

La advertencia no es únicamente válida para el proletariado. El sector de los pequeños propietarios y de los artesanos abrumados por las nuevas fuerzas económicas debe medir el peligro. El cura de Salvatierra de Alava, Bengoa, analiza correctamente el proceso de proletarianización que sufren los artesanos y campesinos:

Las gentes ricas se emplean en los negocios; gozan todavía más con esto porque todo lo reconcentran en la vida presente. ¿Qué les importa la carestía y la dificultad de las subsistencias? Las mismas revoluciones les proporcionan ocasiones de enriquecerse más y hasta de servirse del agiotaje. énicamente las pequeñas familias, las familias de los ar-

(7) V. Cherbulliez. *L'Espagne Politique 1868-1873*. Paris, 1874.

(8) Obtenemos estas cifras a partir de los datos de M. Artola en su libro *La Burguesía revolucionaria* y J. Sáez Marín en *Datos sobre la Iglesia Española Contemporánea, 1768-1868*, Madrid, 1975.

(9) L. Teste, *L'Espagne contemporaine*. p. 321.

(10) *El Semanario Católico Vasco-Navarro*, 2 de junio de 1871, art. «Debilidad y crueldad».

tesanos y de los labradores, son las que se sacrifican; sobre ellas es sobre las que pesa con todo su peso la inestabilidad política y social. No tienen sino lo preciso para poder vivir; el menor deficit es para ellos la ruina, la dispersión; los gastos de justicia las aplastan. Son expulsados del arriendo o de la casa que ocupaban y descienden para no salir ya de él, al proletariado (11).

Todos los «inventos» liberales, el crédito, las sociedades anónimas, el libre-cambio y la desamortización son condenados por los carlistas en la medida en que sólo sirven para reforzar el poder de la clase ascendente constituida por la burguesía de los banqueros, de los industriales, de los comerciantes y de los terratenientes. Lo más grave en el caso de la desamortización se dice, es que al expoliar a la Iglesia los liberales han dañado sobre todo a los más desheredados.

Los carlistas repiten incansablemente la imagen idílica del propietario noble o eclesiástico que según ellos tenía relaciones privilegiadas con sus inquilinos. Si la Iglesia prestaba el dinero producto de las manos muertas a un interés de 3%, el comprador de bienes nacionales pedirá diez veces más.

Aunque es difícil medir las consecuencias de la desamortización a la hora de estudiar su papel en la toma de conciencia de los carlistas vascos, está claro que estas posiciones responden a la espera de unos sectores campesinos para quienes la desamortización constituyó una pérdida prácticamente insoportable. Existen en el Archivo de la Casa de juntas de Guernica cartas escritas en nombre de unos campesinos de Arrieta que ni siquiera sabían firmar, a la Diputación de Vizcaya, pidiendo que se suspendieran las ventas de comunes que son realmente conmovedoras (12).

Los símbolos de la civilización industrial especialmente el ferrocarril y la ciudad suelen ser también condenados con verdadera saña por los carlistas. Para ellos la nueva civilización significa el apoteosis de la materia.

Notemos sin embargo que este misoneísmo dista de ser gratuito ya que para muchos es la condición de su supervivencia.

En un plan de subversión carlista totalmente inédito se dice textualmente que la paralización de trenes tiene por objeto obligar al comercio e industria a servirse de carros para transportar sus productos. Así se comprende mejor la fobia del famoso cura Santa Cruz para quien como para otros muchos carlistas vascos el ferrocarril trae además la ruina moral.

En un texto que anuncia los primeros escritos nacionalistas, se puede leer por ejemplo: La multitud de hombres, no muy limpios en sus costumbres ni sanos en sus ideas que de todas partes han afluido a España con motivos de la apertura de las vías férreas y la creación de establecimientos industriales, una vez mezclada con nuestro pueblo sencillo e ignorante le ha maleado y corrompido en algunas partes (13).

Los carlistas hacen suyo también el concepto de menosprecio de corte y alabanza de aldea. La ciudad donde vive la nueva burguesía aborrecida es sin lugar a dudas la máxima ilustración de la civilización moderna, inmoral y decadente.

¿Qué vemos en la ciudad de San Sebastián, refugio de los enemigos del pueblo guipuzcoano, pregunta Manterola? Suntuosas casas de juego o circos que recuerdan las costumbres paganas.

Se puede decir que para muchos carlistas, San Sebastián y Bilbao vienen a ser las Sodoma y Gomorra de los tiempos modernos.

Como lo harán los primeros nacionalistas, los carlistas buscan refugio en el campo lugar de todas las virtudes. Exclama en las Cortes, Ortiz de Zárate:

La gente del campo es honrada, es buena; allí no se cometen delitos y si alguno se comete, es por los que salen de las ciudades y luego se vuelven con la rapiña...

No vamos a desarrollar este tema ya que el carácter rural del carlismo es de sobras conocido. Sólo daremos unas cifras bastante elocuentes. De los 68 diputados carlistas en las Cortes de 1869 y 1871, 40 son propietarios agrícolas y cuando la sublevación estalla, la mayoría de los jefes de las guerrillas son también propietarios.

(11) *Ibid.*, 24 de junio de 1873.

(12) Reg. 8 Leg. 46-6.

(13) *Consideraciones sobre la urgente necesidad de que se asocien, organicen y trabajen de consuno los verdaderos católicos...* Vitoria, Sanz y Gómez, 1869.

Por lo demás Miguel de Unamuno evocó con maestría el conflicto secular existente entre Bilbao y el Señorío en *Paz en la Guerra*.

Hemos venido hablando hasta ahora de la nueva burguesía que es el blanco de los ataques carlistas. Quisiéramos definir con más precisión este grupo.

Al leer los textos se ve claramente que los que son objeto del odio carlista son casi exclusivamente aquellos cuya fortuna es reciente, comerciantes o industriales a menudo. Una canción vasca de entonces traducida al castellano dice así:

No creáis que son, no creáis que son los nuevos señores de hoy en anchos palacios nacidos y criados. Los más hasta ahora, los más hasta ahora, vestidos como vagabundos, han tenido por compañeros piojos en abundancia (14).

En política, los representantes de esta capa superior de la burguesía tienen un nombre: los moderados. De éstos que son sin lugar a dudas los peores enemigos de los carlistas, escribe Mon y Velasco:

La época de su dominación ha sido la época de los «grandes negocios» y durante la cual se han improvisado esas inmensas fortunas que son un insulto permanente a la miseria general.

Si el carlismo se hizo fuerte en unas zonas que empezaban a industrializarse o más exactamente en los límites de esas zonas, es decir allí donde la gente tenía ante sí el espectáculo de una riqueza en desarrollo, quizá no sea una casualidad. Los historiadores de la Vendée con la cual los carlistas tienen tantos parecidos observaron el mismo fenómeno. La resistencia a la revolución no fue el hecho de las zonas más atrasadas sino el de aquellas zonas en que los cambios recientes habían sido a la vez fuertes y desigualmente repartidos (15).

Podemos preguntarnos entonces si el carlismo es como lo repiten sus partidarios el partido de los pobres.

El periódico *El Apagador* explica pertinentemente la pobreza del partido:

Cuarenta años han pasado sin que ningún

carlista haya poseído ni aspirado a ningún gran empleo; cuarenta años de ventas de gangas nacionales usurpadas a los conventos, que iban a enriquecer a las familias de los contrarios, quienes ni aún reparaban en excomunión más o menos; cuarenta años de persecución, de guerra civil, de sacrificios constantes que han ido mermando los capitales de las nobles familias que entre los nuestros militaban.

Como vemos el resentimiento carlista se nutre de cuarenta años de frustraciones. Esta confesión bastante insólita en los escritos carlistas es fundamental para comprender el fenómeno carlista. El carlismo es en gran medida el movimiento de unos hombres venidos a menos lo cual puede explicar en parte su violencia como grupo político.

A esta capa de la burguesía olvidada y marginada por el desarrollo decimonónico, hay que añadir, por lo menos en las provincias vascas, una parte importante del pueblo que constituye la base del movimiento.

Un diputado liberal de Navarra nota con una ingenuidad bastante sabrosa que las elecciones se hacen cada vez más difíciles para su partido. Efectivamente, explica, la desaparición del censo electoral, al permitir que todos los navarros, incluso los más pobres, puedan votar, trae una progresión realmente impresionante del voto carlista (16). Un terrateniente liberal de Vizcaya, por su parte, analiza así las causas de la sublevación carlista:

Son estas causas ni más ni menos que de origen socialista, predominando el odio del campesino contra el bilbaíno, como símbolo de ataque del colono al propietario. Los inquietos vascongados disfrutaban generalmente de padres a hijos de sus tierras, y concluyen por creer que tienen más derecho sobre ellas que su legítimo propietario, gracias al cariño y trabajo que las ofrecen.

Este socialismo está sostenido por el clero, reclutado casi exclusivamente entre las clases más pobres de las Provincias Vascongadas y no muy ilustrado.

Este carácter domina en el fuero y la existencia de bienes comunes, dando a los pueblos la propiedad de las minas, montes, marismas etc... le sostiene (18).

(14) R.M. de Azkue, *Cancionero Popular Vasco*, Barcelona, 1923, t. VIII.

(15) Charles Tilly, *La Vendée, Révolution et Centre-révolution*, Paris, 1970.

(16) *Diario de Sesiones de las Cortes*. El 3 de marzo de 1869.

(17) *El Sitio de Bilbao por un testigo ocular...* Madrid, 1874, p. 144.

(18) Citado por A. Zavala en *Bosquejo de historia del Bersolarismo*, San Sebastián, 1964, p. 110.

De hecho, cuando se consultan los informes de la policía carlista del Señorío de Vizcaya llama la atención la hostilidad que despiertan los ricos entre gran número de carlistas. El tono de estos textos recuerda indudablemente los acentos de las matxinadas de antaño.

Baste decir aquí que las enemistades que despiertan los ricos propietarios y comerciantes debían de ser tan fuertes que los jefes de la policía carlista tenían que moderar los bríos de sus subordinados cuyo rigor les resultaba demasiado molesto.

Una vez más las canciones dan un reflejo de esta actitud anti-ricos corriente en la base carlista. En una de ellas el inquilino desafía así al dueño del caserío:

¿Y cuando venís a los inquilinos
pidiendo capones
a los inquilinos
pidiendo capones? (18)

Muchos carlistas debían efectivamente de pensar como José Indalecio Caso. Este escribía en un programa que no se le escapó al perspicaz Miguel de Unamuno: «Se gobierna para los ricos a costa de los pobres y debe suceder lo contrario» (19).

Emiliano Fernández de Pinedo ha subrayado muy claramente, para el comienzo del siglo, la legitimidad del descontento de los colonos que tenían que enfrentarse con unos arriendos cada vez más altos debidos al crecimiento de la demanda de tierras conjugados con el descenso de los precios agrícolas. Para los campesinos más humildes, la situación no se había mejorado en las décadas siguientes en la sociedad rural vascongada como lo ha subrayado muy bien Manuel González Portilla al escribir:

Las guerras carlistas en cierto modo son el resultado del desequilibrio producción -población dentro de una economía agraria que había evolucionado muy poco desde el siglo XVIII.

Pues un crecimiento de la población sin su correspondiente aumento de la producción arrastra a la población al subconsumo y al empeoramiento de sus porciones económicas, sobre todo de las familias humildes, no quedándoles otra alternativa que la emigración o el deterioro de su nivel de vida. Situa-

ción que políticamente se plasma en una fuerte oposición al liberalismo, por lo que no es de extrañar que el campesino se hiciera conservador de lo anterior» y, por lo tanto, tradicional (20).

Contra lo que se ha venido diciendo desde tanto tiempo, el campesino vasco del siglo XIX no es el casero feliz, tranquilo y sereno de los libros dulzones de Antonio Trueba. En las provincias vascongadas la pobreza es una realidad para muchos. Pablo Fernández Albaladejo y Emiliano Fernández de Pinedo han subrayado perfectamente el endeudamiento y el fenómeno de empobrecimiento que afecta al campesinado vasco.

Si podemos estimar que la mitad de los campesinos vascos cultivan su propia tierra a comienzos del siglo XVIII, observamos un cambio muy grande en la época de la segunda guerra carlista. Según el censo de 1860, en Vizcaya los propietarios forman alrededor del 35 % de la población mientras que en Guipúzcoa su número no llega a 28 %. La única provincia que conserva un 50% de propietarios es Alava. A la vista de tantos testimonios, lógicos reflejos de una situación real, no será exagerado hablar de lucha de clases. El lema harto vago e impreciso Dios, Patria, Rey, las bellas frases y las grandes ideas que menudean en los textos y manifiestos del carlismo oficial sólo tienen una lejana relación con el movimiento radical y violento, lleno de odios y frustraciones del campesinado vasco.

Llegamos entonces a las mismas conclusiones que el historiador francés Paul Bois estudioso del movimiento de los campesinos del oeste francés sublevados contra la revolución francesa (21).

A primera vista este aspecto del carlismo puede resultar insólito. En realidad sólo lo es porque no «encaja» en la opinión que se ha venido defendiendo desde largo tiempo.

El odio de clase de la base carlista no sería considerado como bastante noble para que aludieran a él los textos oficiales del carlismo y además molestaba a muchos. En cuanto a los liberales, les interesaba dar del movimiento carlista un análisis harto simplista poniendo el acento en el carácter oscurantista y teocrático.

(19) Julio Nombela reprodujo el programa de Caso en su libro *Detrás de las trincheras*, Madrid, 1876, p. 434-447.

(20) M. González Portilla, «Los orígenes de la Sociedad capitalista en el País Vasco. Transformaciones económicas y sociales en Vizcaya», *Saioak*, 1977, p. 111.

(21) Paul Bois, *Paysans de l'Ouest. Des structures économiques et sociales aux options politiques depuis l'époque révolutionnaire dans la Sarthe*, Le Mans, 1960.

Resultaba efectivamente difícil analizar objetivamente un movimiento que ponía en tela de juicio las opciones y las realizaciones del nuevo régimen que defendían.

Es interesante sobre el particular señalar que los conservadores liberales denunciaron con una satisfacción que no trataban de disimular esta tendencia «social». Alguien habló de «socialismo blanco» y el periódico montpensierista *El Niño Terso* señalaba que en varias provincias no había carlismo sino comunismo.

A pesar de todo es evidente que la presencia de este sentimiento anti-ricos no nos permite sin embargo hablar de socialismo como lo hicieron ligeramente algunos. Los carlistas efectivamente se oponen decididamente al socialismo y nos lo describen siempre con colores apocalípticos.

Así nos pinta por ejemplo las huelgas organizadas por los socialistas, el periódico *La Reconquista*: «Son las avanzadas de los nuevos bárbaros que amenazan con destruir la sociedad moderna en justo castigo de sus crímenes».

También es muy significativa la presentación que Leandro Herrero nos hace de la Internacional:

Pueblan este antro todas las visiones terribles de Dante y agítanse en su centro todos los dolores y todas las desesperaciones, el vicio y el crimen, la desgracia y la perversidad, la decrepitud y la fuerza, el hambre y la venganza, la ignorancia extrema y la conciencia sin remordimiento. Visten en él los condenados el arreo fúnebre de la miseria: tienen por acento el rugido, por idioma la blasfemia, por elocuencia la amenaza y por locomoción el salto del tigre (22).

Con la defensa de la religión y la oposición al modelo socio-económico liberal, el tercer eje de la ideología carlista estrechamente relacionado con los dos primeros es evidentemente el fuerismo. Aunque no sean vascos los carlistas se declaran anti-centralistas. Su panacea es la descentralización y su modelo el sistema foral vasco, ejemplo siempre vivo de lo que fueron en tiempos mejores las otras provincias de España. Si se pretende representar al País Vasco, dice Vildósola, candidato carlista en Vizcaya, es del todo imprescindible defender los fueros:

Como hijo de esa noble tierra, comprendo muy bien que ese país no puede prescindir de su política vascongada, y que los que aspiren a ser representantes de la comarca

euskara no pueden menos de tremolar muy alto el lema vasco de ¡Dios y Fueros! que abarca todas vuestras aspiraciones, la grandeza y la gloria que nuestras libres instituciones encierran.

Los carlistas nos dan una imagen totalmente idílica del mundo foral que está en la línea de hombres como Garibay, Martínez de Zaldivia, Echave o Iñurrigarro.

El País Vasco foral es un oasis de pureza y de paz, sin ladrones ni vagos. Sigue siendo el « Mayorazguito de Dios» de que habló Larra-mendi un siglo antes: Es también una zona de libertad y de democracia tal que las sociedades modernas no pueden compararse con ella.

La bondad del sistema foral es debida a la estrecha relación que existe entre las leyes del fuero y la religión católica.

Manterola expresa con su elocuencia característica esta unión íntima de los fueros con la religión:

El pueblo vascongado podría sucumbir, podría desaparecer de la faz de la tierra, y el Gobierno dominaría en sus más altas montañas; pero nunca dominaría sobre un solo vascongado. ¡ Ah ! Mientras hubiese sobre la tierra un vascongado, abriendo su pecho, descubriríais en lo más íntimo de su corazón un templo y un altar: un altar en que se quemara incienso, un templo en que se rindiera culto a sus fueros, porque los fueros son en las Provincias Vascongadas una especie de segunda religión, así como la augusta religión del Calvario es el primero de sus fueros, es su fuero trascendental.

De ahí que para Suárez Bravo los verdaderos y mejores conservadores del fuero sean los sacerdotes.

Si tratamos de ver cuál es el significado profundo de los fueros para los carlistas comprobamos que son ni más ni menos la supervivencia de un modo de vida tradicional, principalmente rural, simple, apacible y patriarcal, el único que se haya conocido. «Garean, gareana, legez» —seamos lo que hemos sido— decía en el siglo XVI el guipuzcoano Esteban de Garibay. Los carlistas vienen a decir lo mismo en la segunda parte del siglo XIX. En realidad lo que desean es la permanencia de aquella «felicidad templada» cantada por Larra-mendi en su Corografía de Guipúzcoa. Así define el fuero el periódico carlista *La Esperanza*:

(22) L. Herrero, *El Gobierno carlista*, Madrid, 1873, p. 75.

el fuero . . . es el aldeano que labra todo el día un campo ingrato y que se encierra en su caserío al anochecer, sin que se ocupe ni de arreglar el mundo ni de cómo el mundo está arreglado en las tabernas en que se leen *La Iberia o La Discusión*; el fuero es el aldeano que no tiene otra aspiración que la de dejar a sus hijos mejorada la casa que heredó de sus padres y en la que sirve de cadena a muchas generaciones cuya sangre lleva y trasmite; el fuero es el aldeano que adora a su Dios, respeta a su Rey y obedece al diputado que ha nombrado por suerte, sin que nunca se le ocurra ser el diputado, y al fiel al que ha dado su voto; el fuero es, en fin, el aldeano buen católico, buen monárquico, apasionado de la tradición, que no sabe conspirar ni faltar a sus juramentos y palabras, que no quiere trastornar el país por la ambición de un empleo o por la satisfacción de la envidia y la venganza (23).

Desgraciadamente el liberalismo jacobino y nivelador se ha propuesto, acabar con los fueros, esos mismos fueros que la monarquía absoluta siempre respetó según explican erróneamente los carlistas. «Fuerista y liberal, dice la copla carlista, no caben en un costal». Si algún vasco duda de ello, que mire hacia sus hermanos del país vecino, podrá contemplar lo que hizo la Francia revolucionaria la noche del 4 de agosto de 1789. De hecho, varios cambios introducidos por el liberalismo lo demuestran patentemente. Y los carlistas citan incansablemente los jueces de primera instancia, el estancamiento del tabaco, el papel sellado y pronto sin duda las quintas y una nueva fiscalidad.

Es interesante notar que la defensa de los fueros por los carlistas vascos se sitúa en el contexto de lucha contra la burguesía más emprendedora que hemos estudiado.

Lo ha subrayado Juan José Solazabal con mucha pertinencia:

El edificio foral resultaba angosto, e incluso, inexpugnable para la nueva clase, la burguesía conquistadora vasca; y la propia filosofía de los *jauntxos* rurales, aislacionista y egocéntrica, reñía con el expansionismo y la necesidad de un amplio mercado que aquella requería (24).

Es cierto que se puede ver que los defensores acérrimos de los fueros no muestran demasiada buena voluntad para facilitar el despegue de una economía más moderna. Es en particular muy significativa la contestación de las juntas de Guipúzcoa hecha al comienzo del siglo a los industriales de la provincia venidos a pedir su ayuda:

Os quiero y deseo todo el bien posible como a mis buenos y leales hijos; pero es antes la conservación intacta, o tal cual se hallan, de nuestros queridos fueros (25).

De hecho los industriales y los comerciantes que desean la integración en el mercado español tenían interés en proteger la producción vasca con las aduanas en la frontera francesa pero los campesinos y artesanos iban a pagar más caro los productos importados para vestirse y alimentarse.

Lo dice claramente un liberal vizcaíno en una carta dirigida a Cánovas:

Los propietarios, pues, no tenemos motivos para defender a los colonos ni las franquicias de que ellos principalmente obtienen beneficio (26).

Ya lo dijo con bastante razón Gregorio de Balparda, los fueros son la ley del caserío.

La oposición campo-ciudad, cómoda pero necesariamente esquemática es en realidad el reflejo de dos conceptos de la economía y de la vida. Frente al enriquecimiento que predica la burguesía más dinámica, casi reivindican los carlistas una pobreza apacible y tranquila.

Así lo dice más o menos un carlista en los albores de la primera guerra:

Una legislación conforme a las inclinaciones, usos y costumbres de un pueblo y una buena administración, bastan para hacerlo feliz, aunque no rico y poderoso (27).

Sabino Arana expresará una idea bastante parecida. Después de subrayar que la invasión de trabajadores castellanos y andaluces fomentada por los industriales significa la corrupción del país, escribe:

Si no puede ser otra cosa mientras los montes de Bizcaya tengan hierro en su seno,

(23) El 20 de noviembre de 1869, art. «El peligro de los fueros vascongados».

(24) Juan José Solazabal, *El Primer nacionalismo vasco*, Madrid, 1975, p. 205.

(25) Citado por N. Soraluze in *Fueros de Guipúzcoa*, Madrid 1866.

(26) Museo Lázaro Galdiano, Fondo Cánovas, Leg. 3, carp. I

(27) *El carnaval de San Sebastián y un consejo a los vascongados*, s.l. ni f.

¡ plegue a Dios se hundan en el abismo y desaparezcan sin dejar huella todas sus minas ! Fuese pobre Bizcaya y no tuviera más que campos y ganados, y seríamos entonces patriotas y felices (28).

Precisamente quisiéramos terminar esta intervención estudiando las relaciones que se pueden ver entre carlismo y nacionalismo vasco. Veremos en particular cómo pasan los carlistas de la defensa de los fueros a lo que bien podemos calificar de protonacionalismo.

Como acabamos de ver empiezan demostrando que el liberalismo es el enemigo de los fueros pero más allá de los fueros se esfuerzan por demostrar que al fin y al cabo el liberalismo es el enemigo del pueblo vasco.

Al mismo tiempo, para probarla ilegitimidad de la actuación del liberalismo español en el País Vasco, para demostrar que no tiene ningún derecho para intervenir en el País, van a subrayar la autonomía de las provincias vascas y todos los caracteres que les confieren una real independencia. La autonomía política, la independencia del País Vasco en la historia, la lengua y la raza serán los elementos diferenciales que los carlistas vascos en guerra van a evidenciar.

Si la Corte carlista y los políticos carlistas subrayan los méritos de la descentralización y las ventajas del sistema foral, los carlistas vascos llevan a menudo esas ideas hasta sus últimas consecuencias. Sus palabras y sus planteamientos distan considerablemente de las consideraciones más o menos imprecisas de Don Carlos y de sus consejeros.

Los carlistas vascos se ensañan constantemente contra lo que llaman «liberalismo opresor».

El menor incidente es aprovechado por los carlistas para denunciar la opresión del poder madrileño. Cuando unos alcaldes guipuzcoanos son encarcelados por negarse a aplicar las decisiones tomadas por las juntas liberales de Fuenterrabía, los diputados carlistas intervienen enérgicamente en las Cortes. «Las provincias vascongadas, dicen, viven fuera de la ley, no tienen ley ninguna . . . la justicia allí es una palabra vana y aun más... es una irrisión sangrienta.

Esta idea de un País vasco amordazado e injustamente oprimido por el poder central esta expuesta magistralmente por el guipuzcoano Rezusta:

Difícilmente se registrará en la historia de ningún pueblo del mundo civilizado un exceso de medidas tan violentas y extemporáneas como las que Guipúzcoa ha tenido y tiene que aguantar. La Rusia en medio de su política conquistadora y nada democrática, no había maltratado con una insistencia más cruel a la infeliz Polonia. Es menester decirlo y decirlo muy alto. En Guipúzcoa no existen hoy más que dos partidos, el de los oprimidos y el de los opresores. Los del segundo apenas llegaran a algunas docenas, los del primero representan al resto del País. ¿Y es posible continuar así? ¡No, y mil veces no! el sufrimiento y la paciencia de los pueblos tienen sus límites marcados y ¡ay! de los que pisoteando las leyes se burlan de sus clamores, porque podrán llegar días de desolación y de sangre (19).

En estas condiciones, se dice en *La Esperanza*, el vizcaíno que no es carlista y que está bajo la influencia del liberalismo del sur del Ebro traiciona a su país.

Los carlistas insisten también sobre la independencia política del País Vasco. La gran idea es que los fueros no son privilegios concedidos por la nación española sino derechos que las provincias vascas supieron conservar y preservar al unirse con España.

A pesar de su habitual moderación el alavés Ortiz de Zárate que imaginará con el navarro Cancio Mena un proyecto de federación vasca exclama:

Nosotros deseamos que el pueblo vasco-navarro lleve su autonomía hasta el último límite posible, y ostente una verdadera nacionalidad casi independiente (30).

La idea de la independencia del País Vasco suele ser otra idea esgrimida muy a menudo. Nadie pudo con dicha independencia escribe Artiñano y Zuricalday. Fracasaron en su intento los romanos, los godos, los sarracenos, Carlomagno y Roldán.

Un colaborador de *La Esperanza* exalta largamente con extraordinaria inspiración el

(28) Bizkaitarra, 20 de enero de 1895, art. «Caridad»

(29) B. Rezusta, *Apuntes sobre la historia de la Revolución en Guipúzcoa*, Tolosa, 1872, p. 30.

(30) *El País Vasco-Navarro*. 16 de marzo de 1873, art. «Amenazas».

pasado glorioso de una Vizcaya independiente orgullosa de sus héroes nacionales (31).

Tampoco está ausente la exaltación de la raza. Se exalta su carácter indomable, su inmortalidad, su limpieza. Al contrario se muestra que el enemigo es un conjunto heteróclito de razas y naciones. En las filas carlistas se tiene conciencia de que los liberales venidos de allende el Ebro, como se decía entonces, son radicalmente diferentes de los combatientes vascos. El autor de una canción carlista de la época que muy significativamente los nacionalistas vascos harán suya más tarde anima a los partidarios de Don Carlos para que disparen contra los negros (o liberales), contra los hombres de orejas pequeñas que son los españoles para los vascos:

Eta tiro, eta tiro,
eta tiro beltzari,
eta tiro, eta tiro
belarrimotxari.

No falta en fin la defensa constante de la lengua vasca tema que no voy a desarrollar aquí puesto que tengo una comunicación preparada sobre el particular.

Muchos entre los carlistas miden el peligro que puede suponer todo esto para la unidad de España y el mismo Don Carlos quiere dejar las cosas bien claras. Los Vascos luchan, dice el pretendiente, para salvar no solamente sus propios intereses sino también los intereses de toda España (32).

Aferrando algunas ideas en los espíritus y popularizándolas, los carlistas habrán contribuido sin lugar a dudas a constituir un arsenal ideológico que los primeros nacionalistas no dejarán de utilizar.

Además esta dolorosa guerra de cuatro años que viene después del terrible trauma que constituyó la guerra de los siete años tendrá una importancia esencial en la historia del País.

Paradójicamente hasta hace poco estos hechos no despertaron el interés que merecían. Conviene no olvidar efectivamente que la guerra se reduce muy pronto a un conflicto entre España con todo su aparato de estado y la gran mayoría del pueblo vasco. Es evidente que la guerra favoreció el nacimiento de una concien-

cia que bien podemos calificar de pre-nacional intensificando la fidelidad al grupo vasco y la hostilidad al grupo enemigo.

Todo ello hace que uno esté extraviado al ver que se ignoró durante mucho tiempo el carlismo en las historias del nacionalismo vasco. Como lo notó Pierre Vilar, los nacionalismos no son creaciones ex-nihilo. Para que aparezcan, es necesario un terreno favorable. Los carlistas contribuyeron de modo indiscutible a prepararlo.

Para resumirnos diremos que las explicaciones demasiado sencillas de los pensamientos y de las acciones humanas son a menudo erróneas. Sólo traducen casi siempre la ingenuidad o el interés de sus autores.

Creemos haber demostrado que el fenómeno carlista es harto complejo. Esto puede explicar el hecho que el carlismo haya podido atraer en el curso de la historia las simpatías de unos hombres radicalmente opuestos en el terreno político. ¿Será entonces, como dicen los franceses, una venta española en la que cada cual podría hallar no lo que trae sino lo que desea encontrar? No lo creemos.

Rebasando las contradicciones aparentes, existe una gran coherencia en la ideología carlista.

En la base está evidentemente la defensa enérgica e intransigente de la religión católica sin la cual el país puede perderse. Ya subrayamos el papel esencial desempeñado por los curas vascos al transmitir su mensaje. El cambio catastrófico que supone, según ellos, la acción del liberalismo impió en el dominio religioso conmueve fácilmente a un pueblo tan creyente como el pueblo vasco. Volvemos a encontrar este concepto catastrófico del cambio en el plano económico y social.

Cuando el liberalismo trata de instaurar un nuevo orden socio-económico, está claro que la antigua clase dirigente está condenada muy a menudo al empobrecimiento. El despecho nutre su ideología carlista y hace que condene a la burguesía más dinámica y emprendedora a esa arribista aborrecida como dijera Marx.

Como por otra parte el pueblo vasco no se

(31) *La Esperanza*. 8 de noviembre de 1872, art. «Lamentos de un vascongado».

(32) Contestación que el legítimo Señor de Vizcaya se ha dignado dar a la felicitación que el Señorío de Vizcaya le dirigió ayer, Zaragoza. 27 de junio de 1875.

beneficia de estos cambios y ve que la libertad del liberalismo puede oprimir en vez de liberar, está dispuesto a oír las sirenas carlistas.

Cuando su situación económica se deteriora con el auge demográfico y el aumento del precio de la tierra, cuando los cambios turban su vida diaria, el espectáculo de la oligarquía liberal acentúa su aversión a la novedad. Su resistencia no es una inercia maligna. Es el resultado del precio que suponen las reformas para él.

Esta guerra viene a ser el canto del cisne de un mundo que se va y que siente más o menos confusamente la proximidad de un final ineludible. Pronto llegará el tiempo en que el País Vasco sea el escenario de un prodigioso desarrollo industrial. El carlismo viene a ser el anhelo de un mundo pre-industrial ya imposible.

Corriendo el riesgo de cometer un anacronismo diremos que hay en esta angustia ante el fatal crecimiento económico que amenaza con

destruir el apacible mundo rural, refugio de todas las purezas, una dimensión que bien podemos calificar de ecológica.

Los carlistas en fin defienden a todo trance el sistema foral. Ya subrayamos que su defensa se sitúa en una actitud conservadora en la que los mitos ocupan un lugar importante. Vimos también que su propaganda fue eficaz en la medida en que respondía a las aspiraciones de un pueblo profundamente apegado a las exenciones fiscales y a la exención del servicio militar así como a las ventajas de una administración regional más cercana.

Más allá del conflicto interior al País Vasco que opone la burguesía liberal vuelta hacia el mercado español a la gran mayoría del pueblo dirigido por los curas y los jaunchos aparece claramente la oposición a la España liberal. La defensa de los fueros por los carlistas y la afirmación según la cual la España liberal desea su abolición, anuncian en muchos aspectos el primer nacionalismo.